

*Textos para los
encuentros
de*

familias  para la acogida

Curso 2016-2017

¿Qué es *Familias para la Acogida?*

Una asociación de familias que tienen pasión por el mundo, fundamentalmente porque parten de la certeza de haber encontrado en la vida algo que la hace fascinante y que les mueve a estar agradecidos. Nació de un modo completamente libre, por puro deseo de un grupo de familias de aprender más y de difundir la belleza que, ligada a experiencias de acogida y adopción, no exentas de dolor en tantos casos, han ido encontrando con el paso de los años. Esta aventura no puede separarse de una vida compartida junto a otros que nos pueden ayudar y con los que se hace preciso una comunicación libre. Uno de los aspectos que cualifica su metodología (...) consiste en el desarrollo de una solidaridad familiar que asume la forma de una red y que se ofrece como ámbito de ayuda tanto a las familias como a los menores.

No se trata de una solidaridad entre organizaciones, que también existe (...) sino de una solidaridad entre familias, que en el ámbito de la asociación es generalmente definida como “compañía de familias” y “compañía entre familias” o “red entre familias”. El término “compañía” (“cum pane”), absolutamente típico de esta realidad, quiere expresar la esencia de este vínculo de red, es decir, el compartir una concreción esencial que encierra un significado “nutritivo” en la experiencia de las familias acogedoras. Se origina después de un encuentro, una propuesta, una

circunstancia u oportunidad o una necesidad que da vida a una petición de ayuda; se basa en un valor compartido como el de la fe y la pertenencia a la comunidad cristiana, pero no siempre, ya que muchas familias tienen otros valores y otras pertenencias, pero esto no les impide adherirse al método que se cualifica por su racionalidad en el plano humano y cultural.

La asociación se basa en la gratuidad, es decir, en una donación sencilla y libre, cuyo contenido precioso es la experiencia de verse a uno mismo conmovido frente a la necesidad humana. Las relaciones permanecen estables en el tiempo y son muy duraderas, teniendo como resultado una amistad operativa respecto a una tarea que es coesencial a la educación y al cambio de uno mismo. Esto es un gran beneficio que se da en la experiencia de la acogida: con frecuencia acaba por convertirse en una amistad más profunda que va más allá del motivo que la originó.

LA ACOGIDA ES UN BIEN PARA TODOS

El texto reunido en estas páginas es una recopilación de fragmentos de varios encuentros organizados por la asociación *Familias para la Acogida* en los que algunas personas que nos han acompañado en nuestra andadura nos ayudan a comprender mejor el bien que la acogida, en su sentido más general, supone para la vida de cualquier persona, sea cual sea la circunstancia en la que se encuentre.

1 - La mayor exigencia que tenemos: ser felices

*Extracto de la intervención de Giancarlo Cesana en el encuentro de la asociación **Familias para la Acogida**, 27 de enero de 2007 (recogido en **Las razones de la acogida**, editado por **Familias para la Acogida**).*

Empezamos por la primera palabra que habéis usado en vuestras intervenciones: **“felicidad”**. Algunos de vosotros habéis dicho una cosa un poco paradójica respecto a la acogida que prestáis a estas personas que no son de la familia. Habéis dicho:

“lo hago por mi felicidad, para aprender a ser feliz yo”.

¿Qué significa? ¿Por qué? ¿Qué es la felicidad? La felicidad empieza con las necesidades. Es decir, la felicidad es una exigencia que tenemos. ¿Una exigencia de qué?

¿Cuándo podemos decir que somos felices? Cuando estamos seguros del sentido positivo de la vida, es decir, de que la vida vale la pena vivirla.

Una persona es feliz, cuando se levanta por la mañana con la conciencia del sentido positivo de la vida, a pesar de las molestias y de los problemas en su familia o su trabajo. Por tanto, por una parte, es necesario tener

necesidad de esta positividad (si no se tiene hambre, no se tiene gusto por comer)y, por otra, es necesario descubrir el sentido positivo de la vida.

Para poder afirmar el sentido positivo de la vida, ante todo hay que vencer las contradicciones con que nos encontramos. Si nos ponemos unas orejas y vemos sólo lo que queremos ver, las cosas que podemos controlar de la realidad, como hace la mayoría de la gente (aunque después no es verdad que las podamos “controlar”), -por ejemplo, nuestra casa, nuestros hijos, nuestro futuro y el tiempo libre- no vemos las contradicciones. En cambio, si miramos a nuestro alrededor vemos que frente a nuestra exigencia de positividad en la vida, frente a la exigencia de reconocer que la vida es positiva -por la cual uno se despierta por la mañana con ganas de afrontar el día-, existen muchísimas objeciones, contradicciones y dificultades.

Además, si miramos dentro de nosotros seriamente, vemos estas contradicciones no sólo fuera, sino también en nosotros.

2 - La acogida permite comprender y poder experimentar cuál es la naturaleza de la positividad última de la vida

¿Cómo podemos afirmar que la vida es positiva si existe tanto en contra, fuera y dentro de nosotros, si esta batalla al final se pierde porque se muere?

La acogida de la persona que lo necesita (a nuestra necesidad, nosotros añadimos otra necesidad, la del que acogemos) es la afirmación de que la vida está dentro de una positividad tan grande que vence la necesidad, que es más fuerte.

Cuando veo a alguien que vive esto, me fascina. Porque una persona que acoge a alguien necesitado, lo lleva a casa, a sus problemas le añade los de otro. ¡Alguien que acoge a un niño discapacitado y no sucumbe!... cuando veo a alguien así, veo que lo positivo de la vida es más fuerte que sus contradicciones.

Esta es la fascinación. Por eso uno siente el impulso de acoger. Porque quiere conocer esta cuestión por la cual la positividad de la vida es más fuerte que lo que parece contradecirla.

Tanto es así que cuando los compañeros que se preocupan sólo del fin de semana, etc. oyen que has adoptado un niño, se paran y te preguntan

por qué lo has hecho. Esto “nos aferra” y hace que nos preguntemos: ¿cómo es que yo estoy calculando todo lo que sucede hasta la extenuación y el que ya tiene tres hijos acoge a otro en su casa?

¿Cómo es que tiene un niño con síndrome de Down y no se derrumba?

Esta es la fascinación de la acogida y por eso uno se siente arrastrado a repetir la experiencia: para comprender lo que encierra.

Porque aunque estás fascinado todavía no has comprendido lo que encierra, no has comprendido lo que constituye el fondo de esta positividad. ¿Cuál es el factor que determina esta capacidad invencible, esta esperanza contra toda esperanza?

Al acoger se adentra uno en esta aventura de comprender cuál es el factor que determina la victoria por la cual a pesar de cualquier cosa que suceda yo “no me hundo”. De hecho, lo que ha hecho grande el cristianismo, lo que ha persuadido y convencido en el cristianismo es precisamente esta posición de esperanza.

En la antigüedad clásica los enfermos eran alejados porque eran peligrosos, tenían enfermedades infecciosas y curarles significaba arriesgarse a morir. Con el cristianismo los enfermos empezaron a ser asistidos y el riesgo de morir seguía siendo alto, pero los enfermeros sabían que la muerte no es la última palabra sobre la vida.

Esto convenció al pueblo de la verdad cristiana. No se convence de la verdad cristiana con discursos. ¿Qué ha venido a hacer Cristo? Ha venido a hacernos ver que la muerte no es la última palabra sobre la vida y que, por tanto, con todo lo que sucede la felicidad es posible. Por eso, cuando se realizan gestos de acogida es justo decir que lo hago ante todo por mí, sin superficialidad.

Lo hago porque quiero comprender cuál es la naturaleza de esta esperanza que han suscitado aquellos que he visto a mi alrededor.

Por tanto, es verdad que se puede amar al otro tal y como es. Es verdad. Después existe otro aspecto de la acogida fascinante precisamente desde el punto de vista de la búsqueda de la felicidad. Hemos dicho que la felicidad es una necesidad que encuentra una respuesta que se refiere a la positividad de la vida y, por tanto, se recibe, pero también se da.

No existe felicidad sin dar.

La forma más profunda de dar es engendrar, es decir, dar la vida, transmitir la vida. Todos comprenden, incluso los solteros de lujo (los cuarentones),

que si tú no das la vida no la tienes, se te escapa. La acogida te invita a la generación. El aspecto biológico de la generación no es el aspecto principal. El aspecto principal de la generación es el amor al destino.

Y acogiendo en casa un extraño se comprende que la vida se trasmite como amor al destino.

Esto no vale sólo para los hijos que se acogen en casa o para los hijos que no son como nos hubiera gustado, sino que vale también para nosotros, para todos. Es una ley de la existencia y si se vive incrementa la felicidad porque uno construye. ¿Qué hay más grande que “hacer” un hombre? ¿Qué hay más grande que la educación, que la amistad? Nada. La acogida enseña también estos aspectos.

La generación de la vida es la comunicación de su significado, es decir, acompañar al destino.

Puedo tener mil límites, pero con mi hijo o con quien está en casa o con mi madre que tiene noventa años, tengo que estar seguro de que acompaño al destino. No importa si me lamento, si no soy capaz: todo esto es secundario. Trataremos de tenerlo presente, de valorarlo, de remediarlo si se puede, pero es secundario respecto al sentido de positividad de la vida, respecto la finalidad por la cual nos hacemos compañía. De esto tenemos que estar seguros porque éste es el factor verdadero que constituye la relación, la amistad, la paternidad, la filiación. No es otro.

3 - La acogida permite al hombre vivir más plenamente

Empiezo con un episodio sucedido hace pocos días, en las orillas del río Ticino, en una zona en la que estaba prohibido bañarse. Dos chavales se metieron en el agua y tuvieron problemas, se estaban ahogando, cuando un joven de treinta y cinco años fue a ayudarles: salvó a los niños pero él murió.

El suceso fue comentado por Isabella Botti Fedigrotti en el Corriere della Sera, en un artículo cuyo título era “*No inventemos el héroe del verano*”. En este artículo se expresa una idea muy justa, que yo también quiero comentar: éste joven muerto por salvar a dos personas que le eran desconocidas, manifestó una disposición del corazón humano que todos, de alguna

manera, parecen olvidar: este joven manifestó una inmediatez tan simple y decidida en la dedicación al otro, en la ayuda al otro, que (así lo escribía Isabella Bossi Fedrigotti) rinde honor al hombre, un honor que el hombre no tiene. Es como si el hombre se hubiese olvidado de esta inclinación suya que tiene en lo profundo de sí mismo. Por eso la periodista escribe: “*No inventemos el héroe del verano*”, el representante de un episodio excepcional y aislado; considerémoslo como el representante de todos nosotros, de nuestra inclinación a hacer bien a los demás, incluso cuando tienen problemas y no les conocemos. El hombre tiene dentro de sí esta inclinación, esta disposición a preocuparse por los demás.

En el fondo, la acogida, la ayuda al otro, es la cosa más normal que existe.

En efecto, si pensamos en las familias, en las guarderías, en los orfanatos, en los hospitales y en todas las actividades de apoyo y solidaridad que han caracterizado y caracterizan la sociedad, tenemos que considerar que esta disposición a la acogida no es algo anómalo, sino que es normal. Paradójico también, porque si a uno que va por la calle le dijésemos que acoger a un niño en una familia es una cosa normal diría que no es verdad.

Pero decir que no es verdad, relegar la hospitalidad a la excepcionalidad de un acto, extrayéndolo de la normalidad de la convivencia, es precisamente la perversión cultural de ésta sociedad.

Un padre que se vuelve mayor espera que el hijo le asista: en la necesidad. Uno espera que le ayuden. Pero en la “*Welfare Society*”, la sociedad del bienestar se tiende a construir una sociedad “*tan perfecta –como decía Milozs– que es inútil ser buenos*”.

¿Por qué no se acepta más la normalidad de la acogida? ¿por qué estas cosas son tan desconocidas? ¿por qué son tan desconocidas y quien las hace se siente un héroe? Porque el hombre, aún teniendo esta inclinación al bien hace el mal que no quiere; porque nosotros, aún viendo esta necesidad de bien, nos contradecemos, es como si nosotros contradijésemos el bien que queremos, y dijésemos que el bien no existe, que es imposible: como somos incapaces de hacer plenamente el bien y como nosotros no hemos sido objeto de bien como quisiésemos, decimos, en el fondo, que no tiene valor. Así decae la acogida, la hospitalidad, el altruismo, etc..., y parece que quien hace estas cosas, hace cosas de otro mundo, mientras

que todo el mundo existe por este tipo de gestos, por esta dedicación que ha existido en la gente. Hemos abolido el bien porque somos incapaces.

La vida es dada y nosotros somos continuamente reconstituídos, en cuanto perdonados. Percibir la vida así, es percibir la vida con positividad.

Es Dios el que permite al hombre no desesperar respecto al propio deseo de bien y de felicidad, porque Dios nos ha amado, ha muerto por nosotros y continuamente nos reconstituye, continuamente nos perdona, nos rehace.

Me gustaría que todos miraran esta experiencia, no tanto como celebración de un heroísmo, de una excepcionalidad, sino para subrayar una normalidad que debe entrar en la condición humana.

LA ACOGIDA ENSANCHA LA MIRADA

A partir de la experiencia y la reflexión de las personas que han acogido vamos a ir desgranando cómo la experiencia de la acogida ensancha nuestra mirada.

1 - La mirada se ensancha

*Extracto de la intervención de Giancarlo Cesana en el encuentro de la asociación **Familias para la Acogida**, 27 de enero de 2007 (recogido en **Las razones de la acogida**, editado por **Familias para la Acogida**).*

Realizando la experiencia de la acogida, la mirada sobre la realidad se ensancha, es decir, se perciben mejor las cosas.

Este conocimiento, esta sensibilidad, respecto a la realidad, esta forma de percibirla es infinitamente más profunda que la superficial que nos caracterizaba. Uno es capaz de amar las cosas como son, es capaz de apegarse, de no asustarse, de vivirlas.

Aventurarse en la acogida quiere decir descubrir la razón profunda y misteriosa que sostiene todo.

¿Qué es lo que sostiene todo? ¿Cuál es la promesa? Es una promesa misteriosa, es algo que manifiesta la vida, que se ve en las personas que nos han fascinado, que descubrimos en la experiencia, porque amamos más la realidad. Sin embargo, se comprende que la grandeza y la fuerza de esta positividad no son nuestras, no las poseemos: nosotros las vivimos, las vemos, las manifestamos, pero no son nuestras. (...) La acogida que hemos recibido es precisamente la esperanza que se nos ha dado, que han dado a nuestra vida.

*Extractos de la asamblea de final de curso 2007. Recogida en **Por qué la acogida es un bien para todos**, editado por **Familias para la Acogida**.*

Mi mujer y yo tenemos tres hijos. El pequeño, de 9 años, es autista. El autismo, dicho de manera simplificada consiste en una dificultad para procesar la información que llega del exterior al cerebro. Esta información llega distorsionada y fragmentada. Esto impide captar el sentido de las cosas e incapacita para la comunicación y la relación social. Los autistas sufren mucho porque se sienten en un mundo incomprensible.

La acogida, para nosotros, no fue sólo aceptar la discapacidad de nuestro hijo y atenderle, para lo cual éramos sobradamente incapaces. Fue, sobre todo, acoger lo que Dios quería para nosotros. Tenemos la certeza de que a través de nuestro hijo Dios estaba realizando algo grande y algo bueno para nosotros.

No es la asistencia técnica, no son las ayudas sociales que serán buenas, mejores o inexistentes, lo que le permite a uno afrontar una situación así sin desesperarse. Es la promesa oculta tras ese sufrimiento y que sólo atravesándolo se descubre. Es como un tesoro que se encuentra al otro lado de las cataratas (...). Estamos viendo ya múltiples beneficios que son fruto de la enfermedad de nuestro hijo. Cito algunos ejemplos de forma rápida:

Es el factor que más nos está uniendo a mi mujer y a mí.

Hemos crecido como personas y como matrimonio. Estamos muy compenetrados en todo lo que se refiere al cuidado de nuestros hijos y esto se va extendiendo al resto de los ámbitos de la vida.

Es el factor más educativo para mis otros dos hijos.

Los dos están percibiendo la bondad que hay en tenerlo con nosotros. Los dos han manifestado a su manera que les conviene acogerlo. Por ejemplo, los dos han comentado alguna vez que cuando tengan una casa, quieren tener una habitación para su hermano. O recientemente, en la fiesta del colegio, ambos tuvieron que negociar quién se lo llevaba para presentárselo a sus amigos, cosa que fue inviable finalmente. Otro día, mi hijo Pablo dijo: “oye, papá, si hago educación especial, ¿me convalidarán las prácticas?” Yo le dije, creo que te deberían convalidar la carrera entera.

Es entender la gratuidad. Estos niños dependen totalmente de nosotros, nunca nos podrán devolver lo que hacemos por ellos, pero nos ayudan a comprender que eso es lo que nos pasa con Dios. Es decir, nos ayudan a comprender la verdad de lo que somos, la condición humana: dependemos totalmente de Él. Nosotros somos los que ganamos cuando atendemos a nuestro hijo, porque nos saca constantemente de la distracción.

Es comprender mucho más nuestro sufrimiento y el de muchas otras personas. En una situación de discapacidad o de enfermedad muy prolongada, se produce inevitablemente un aislamiento social y una serie de renunciaciones. Se deja de asistir a muchos encuentros, la gente se retrae, etc. Cuando se encuentra a alguien que vive una situación parecida, es un regalo. La mejor ayuda que podemos prestarnos es precisamente usar la razón para ir hasta el fondo. (...) La cuestión está en hacer extensivo este abrazo a todo el mundo. Continuamente nos enteramos de casos. Nos llaman y nos dicen, “¿podemos darle vuestro teléfono a un compañero de trabajo que tiene dos gemelos autistas?” “¡Por supuesto!. Un alumno mío tiene un hermano autista e invitamos a sus padres a una cena. Me conmueven los padres que adoptan o acogen niños discapacitados.

Y, por último, es descubrir lo esencial de la vida: no perder el tiempo ni desperdiciar oportunidades. En mi casa, hace ya bastante tiempo que no se discute por tonterías. Sólo se discuten las cosas importantes. Las imágenes que teníamos de la felicidad caen estrepitosamente. Y sin embargo, vemos que nuestra vida se cumple.

2 - *Perdonar la diferencia*

*Extracto de la asamblea anual de Familias para la Acogida del curso 2007, recogida en **Por qué la acogida es un bien para todos**, editado por **Familias para la Acogida**.*

Dice un amigo nuestro cuando alguien le pregunta acerca de cómo abrazar la diferencia: “*esta es una de las cosas más imposibles para el hombre, por lo tanto, la que da más testimonio de Cristo*”.

Yo doy fe de esto, para mí era imposible, sólo sentía ganas de hacer desaparecer a mi hija mayor en los momentos de crisis que encima ¡me esperaba siempre con los brazos abiertos, pasara lo que pasara! ¿Cómo podía aprender a querer a mis hijas adoptadas y abrazarlas como hijas, tal y como son? Lo único que me daba algo de paz recién llegados a España era leer constantemente el libro “*La acogida: un abrazo sin límites*” donde encontré una frase que me acompañó muchísimo: “*una madre es madre, aunque sufra y no sea adecuada, tu sufrimiento ya es amor. Date tiempo. Tienes que darte mucho tiempo y perdonarte a ti misma*”.

Extracto de la asamblea anual de Familias para la Acogida del curso 2006, recogida en Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora, editado por Familias para la Acogida.

LIA (de Milán)

Una de las cosas para mí más revolucionarias, pero también más desconcertantes, que Don Giussani nos dijo fue, trazando los factores antropológicos de la acogida, que para acoger hace falta perdonar la diferencia. Este perdonar la diferencia es algo que a mí personalmente siempre me descoloca, porque me encuentro frente a este desafío continuamente, no sólo por las personas que acogemos sino frente a mi marido, a mi hija, a los amigos más queridos, esta diferencia se te echa encima continuamente. Comprendo que perdonar la diferencia no es simplemente aceptarla, es algo más. Querría que nos ayudaras un poco a profundizar en este punto porque me parece que lo comprendo y, sin embargo, se me escapa.

Extracto de la asamblea de final del curso 2007 de la asociación Familias para la Acogida, recogida en Por qué la acogida es un bien para todos, editada por Familias para la Acogida.

JAVIER PRADES

Una vez hablando con Don Giussani comprendí lo que quería decir “perdonar la diferencia”: yo había elegido quejarme -que no era inevitable- y asumir esa posición de lamento quería decir descargar mi vida sobre él y hacer que le pesara -porque en el fondo iba para eso: “mira qué estupendo soy, cuántas cosas hago y además todas mis miserias”. Me dijo más: “¿por qué te detienes en estas cosas?” Yo ya había descartado la hipótesis de que Don Giussani fuera estúpido, ¿y entonces? La misericordia es lo que rescata lo que hay de más verdadero en mí, de más diferente, porque el mal al final es esta diferencia radical que irrumpe -pero también la diferencia humana- despertándome, devolviéndome a mí mismo. Llevo y llevaré siempre en el corazón la forma con la que me trataron. Porque tengo que decir que lo que me permitió no encerrarme en mí mismo y en mi lamento y, en el fondo, no ser malvado y violento, fue este abrazo, un abrazo con la mirada y una frase que indicaba una forma de relación con mi vida que atravesó todas las posibles e imaginables diferencias entre él y yo, entre yo y el mundo (en el fondo al final te sientes alejado y separado de la realidad del mundo).

3 - Libertad

*Extracto de la introducción del libro de Camisasca: **Bienvenido a casa.***

(...) Del contraste entre el bien y el mal nace la interrogación más interesante: ¿qué es ser libre? ¿Cómo ser libre? La palabra libertad indica una experiencia original, constitutiva del hombre, su deseo de realizar al máximo todas las capacidades contenidas en su ser. En el breve o largo tiempo de la vida cada uno de nosotros quiere dejar una huella en él. ¿Qué significa esto en relación con los otros seres que nos circundan? ¿Son un obstáculo o una ayuda? Y más en general, ¿qué significa en relación a la vida que parece ponernos siempre frente a nuestra limitación, falibilidad, dependencia? ¿Podemos aislarnos en un mundo de seguridad, de alegría superficial, dejar fuera de la puerta de casa los problemas, las contradicciones, la enfermedad, la fatiga, la muerte?

(...) Contrariamente a lo que pensamos muchas veces, nuestra libertad no mengua por los vínculos afectivos de las diferentes edades de la vida. Es más, cuanto más amamos, más se liberan las energías y las capacidades encerradas en nuestro ser. Cuenta una madre que ha acogido en su familia a tres chicos: “También el último que llegó, un niño de acogida que ahora tiene 17 años, me pone continuamente frente a un uso impropio de su libertad. Veo una libertad frágil, incapaz de distinguir el bien del mal, y de elegir el bien. Actúa siguiendo su instinto con mucha frecuencia. Es muy difícil estar frente a él, tenemos mil preguntas sobre nuestra tarea, sobre cómo desarrollarla, teniendo con frecuencia la sensación de inutilidad y de impotencia. Pero si parto continuamente de lo que debería ser y de lo que tengo en mente yo, estaría continuamente enfadada y mi ánimo siempre estaría definido por esta mirada limitada.

El descubrimiento de ser amado es la experiencia más importante de la vida. Es lo que nos permite amar. Cuando se tiene la alegría de ser acogido, se puede acoger.

En nuestra época que tanto se debate sobre la convivencia entre los hombres y mujeres de diferentes culturas, en líneas, lenguas y religiones, estas páginas quieren ofrecer un itinerario sencillo de acogida del otro. Todas las personas son *otros* distintos de mí, son su signo del Misterio que me llama, un signo de Dios en mi vida.

De esta forma el mayor regalo que vivimos en la acogida es poder entrar en lo profundo del ser que nos constituye.

(...) Por eso el primer paso para amar a los demás es empezar a amarse a uno mismo. La acogida de los demás es una dilatación de la mirada misericordiosa con la que nos miramos a nosotros mismos, limitado y, sin embargo, enaltecido, frágil y, sin embargo, libre, pecador, pero destinado a la gloria (...)

*Extracto de la intervención de Giancarlo Cesana en **Las razones de la acogida** – Milán 27 de enero de 2007. Editado por **Familias para la Acogida**.*

(...) El método de Dios para salvar el mundo es el de salvaguardar la libertad:

Quien piense que al acoger a un niño o al cuidar a un familiar enfermo, resuelve sus problemas es un iluso porque el método no es “resolver” sino “compartir”. “Compartir” deja espacio, en la medida de lo posible, a la libertad del que es acogido, sea cual sea su situación.

Compartir quiere decir que yo estoy junto a ti y grito como gritas tú, pido como pides tú.

El cálculo sobre la vida no resuelve la vida. La vida hay que vivirla, la necesidad hay que compartirla: si conseguimos resolver las cosas es mejor, pero no siempre se consigue y, por tanto, es perfectamente inútil hacerse ilusiones. Es más, cuanto más se crece, más se comprende que en la vida se plantean de nuevo siempre las mismas cuestiones pero que requieren ser afrontadas cada vez con más profundidad.

*Extracto del documento **La relación conyugal: la primera acogida** (transcripción del encuentro con Anna Marazza, psicóloga de la asociación **Famiglie per l'accoglienza**), editado por **Familias para la Acogida**.*

Nosotros acogimos a muchas personas en casa nada más casarnos, antes de saber que no podíamos tener hijos. Los llevo a todos en el corazón pero tengo un afecto especial por una persona a la que no veo ya y probablemente no volveré a ver. Es un chico que estuvo en nuestra casa tres años y que nos enseñó lo que significa ser padres. No sé, no quiero ser presuntuosa. Como tú decías hablando del hijo que acompaña al colegio porque le han puesto la enésima notita o porque le han echado y te avergüenzas de decir que lo estás educando tú, precisamente él nos ha enseñado lo que

quiere decir la gratuidad en la relación con otro: que no puedes hacerlo sólo y que esa cuestión no es tuya, no la tienes que resolver tú. No sé cómo explicarlo, no surge de lo que tú haces sino que surge de lo que realmente él es. Esto es tan verdadero que cuando nos parecía que habíamos construido un mundo fantástico, él decidió dejar este mundo -que para nosotros era fantástico, pero no para él- y marcharse a vivir con unos ocupas. Esto no lo olvidaré nunca y le doy gracias porque ésto me ayuda a ponerme ante mi hijo, que todavía no puede irse a vivir con los ocupas porque tiene siete años, pero que tal vez cuando tenga veinte hará lo mismo, no lo sé.

Extracto de la asamblea final del curso 2007 de la asociación Familias para la Acogida, recogida en Por qué la acogida es un bien para todos, editada por Familias para la Acogida

Quería contar un acogimiento que hemos hecho mi mujer y yo. Nosotros desde siempre, cuando éramos novios y luego cuando nos casamos, hemos tenido en la cabeza la idea de adoptar o acoger. Pero ha ido pasando el tiempo, hemos tenido tres hijos... Hace cosa de un año nos llamó un amigo y nos pidió que acogiéramos a un chico. Era una acogida un poco especial, no era habitual, porque era una acogida de un chico de 19 años. Nosotros siempre hemos tenido la experiencia de ser acogidos por Dios y de alguna manera hemos querido transmitir eso a este chico. La verdad es que la experiencia en un año ha sido muy buena. Eso no quiere decir que no haya habido momentos muy duros, porque es un chaval con los problemas de la adolescencia. Ha habido momentos en los que yo no sabía cómo actuar porque mis hijos son pequeños, han ido creciendo, los he ido viviendo y sé los problemas que han tenido, pero ¡claro! un chaval de 19 dices: “¿¡Qué hago ahora con él!?”

Ha habido momentos, para él y para mí, duros, pero, sin embargo, siempre hemos querido transmitirle cariño y un hogar. Estaba ahora sentado ahí y estaba viendo el cuadro del abrazo del padre al hijo pródigo, que está ahí colgado... El pasaje del Evangelio del hijo pródigo es de mis favoritos: Dios está ahí mirando y esperando a que vengas. Yo no sé si para él, para este chico, hemos sido una ayuda o no, ahí está su libertad. Una vez pensaba que en la vida hay que sembrar y es a otro a quien le toca recoger. Yo espero que con él haya sido un buen sembrador. Para ésto, la verdad es que con vosotros mi mujer y yo hemos tenido mucha ayuda. Familias para la acogida, me ha ayudado a recordar en la dificultad porqué estaba ahí. Me contaba mi

mujer el otro día una charla que había tenido con alguien de la asociación, que había momentos en los que decía “este chaval no tiene solución”. No quiere que le ayudemos, y esta persona le decía: “eso no es verdad, porque si no, Cristo ha resucitado para nada”. Y mi mujer vino a casa, me lo contó y vi que eso era así, que si la medida la pongo yo, evidentemente no está salvado para nada. Él, gracias a Dios, tiene a otro más grande que está ahí y me ha puesto a mí eventualmente como un instrumento para ayudarlo. Y, la verdad es que yo espero que haya sido una ayuda para él. Gracias.

4 - Peticion si, pretensión no

*Extracto de la intervención de Giancarlo Cesana en el encuentro de la asociación **Familias para la Acogida**, recogida en **Las razones de la acogida** (Milán 27 de enero de 2007), editado por **Familias para la Acogida**.*

No se puede tener ninguna pretensión: petición sí, pretensión no. Debemos hacer que surjan todas las preguntas que tenemos, pero sin ninguna pretensión, porque nuestra vida tiene un dueño que no somos nosotros.

Y lo que amplía la mirada y permite finalmente vivir sin rabia, sin ira y sin desánimo, es el hecho de que nuestra historia se ha topado con este Dueño, que ciertamente a vosotros se os ha confiado uno de los testimonios más sencillos, más directos, que mejor manifiestan cuál es la forma con la que este Dueño de la historia ha entrado en nuestra vida: nos ha amado.

5 - Familias normales

*Extracto de la asamblea anual de **Familias para la Acogida** (Parma, Italia, 27 octubre 2006) recogida en **Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora** editado por **Familias para la Acogida**.*

GIUSE (Liguria)

Lo que más me impresiona y me parece una característica de la experiencia de Familias para la Acogida es que es una experiencia para familias normales: no hace falta ser especiales, hacer cosas especiales, es una propuesta para la vida cotidiana. Para la familia tal y como es; para mi casa,

bastante pequeña..., para lo que me sucede. Por ejemplo, el hecho de poder hospedar a una persona durante pocos días y tal vez sólo ésto en toda la vida, o bien el hecho de hacer una cosa absolutamente normal, como prestar atención a las personas de mi familia que envejecen y enferman.

Comprendo que esta normalidad de vida es en realidad una novedad, se convierte en una posibilidad para el pueblo. Quería pedirte que nos volvieras a poner delante una vez más el valor de esta normalidad que pasa entre nosotros, de una vida nueva que pasa a través de la experiencia de todos los días.

*Extracto de la intervención de Giancarlo Cesana en el encuentro de la asociación **Familias para la Acogida**, 27 de enero de 2007 (recogido en **Las razones de la acogida**, editado por **Familias para la Acogida**).*

La acogida es lo que permite a la familia ser verdaderamente ella misma

Yo espero que quien haga experiencia de la acogida haga experiencia de este ser rehechos, perdonados, reconstituídos; en el fondo es tan poco lo que hacemos por los demás y es tanto lo que recibimos - no de forma sentimental, sino como ejemplificación que puede existir dentro de la vida - que nosotros no podemos hacer otra cosa que estar agradecidos: es Dios quien lo permite.

Yo creo que las familias acogedoras, por la situación histórica y cultural en la que nos encontramos, deberían ser la ejemplificación de aquello que debe ser lo normal; no en el sentido de que todos debamos empezar a acoger huérfanos, niños tutelados por la Administración, etc., sino normal en lo que es la dimensión fundamental de la vida: si no acogemos al otro, no acoges tampoco ni a tu madre, ni a tu padre, ni a tus hijos. El acoger a otro que es extraño, ajeno, es sólo un reclamo al hecho de que la primera cosa que debo hacer es acoger a aquel al que digo "Te amo". E incluso esto, amar verdaderamente, es imposible para el hombre, se necesita siempre de Dios.



Asociación Familias para la Acogida

Calle Suecia, 92 - 28022 Madrid

Tlf.: 91.306.02.76

www.familias-acogida.es